

EL LOBO DE SIERRA PELA



DARÍO POZO

El Lobo de Sierra Pela

Darío Pozo Hernández

CAPÍTULO I



La noticia de que se acababa la guerra

la trajo a Rebollosa un muchacho de Montejo de Tiermes, una calurosa mañana de domingo de primeros de septiembre de 1813, justo a la hora en que la gente salía de misa. Solemnes en sus ropas de fiesta, los vecinos del minúsculo pueblo lo vieron llegar corriendo, sudoroso y casi sin aliento, haciendo aspavientos con los brazos levantados por encima de su cabeza.

- ¡Me manda el señor alcalde de Montejo a avisarles de que ya se terminó! - explicó el zagal entre sollozos de alegría - ¡Que hemos derrotado a los franceses en un sitio que se llama San Marcial, el último día de agosto, y que se han ido todos por donde vinieron! ¡Dicen que el último ya cruzó los Pirineos!

Al escucharle decir aquello el pueblo entero se puso a chillar y a lanzar vítores, a dar saltos y a abrazarse los unos a los otros, a aplaudir y a dar palmadas en la espalda al portador de tan gratas novedades, quien reía alborozado en el centro justo del jolgorio. Alguien le arrimó una bota de vino al muchacho y éste, agradecido, le pegó un prolongado tiento, mas después no quiso entretenerse por más tiempo. Llevaba recado de dar también aviso en el cercano Pedro, así que, satisfecha la sed y recuperado el resuello, salió

trotando de nuevo por la calleja abajo. Aún no se había posado el polvo que levantaron sus abarcas cuando ya estaba don Andrés, el cura de Rebollosa, tañendo las campanas de la iglesia, volteándolas con tanta fuerza que casi parecía que fueran a salir volando.

Allá por donde iba pasando la buena nueva la escena se repetía, con distintos protagonistas pero con igual regocijo, y pronto los cielos de toda la comarca se estremecieron con el estruendoso repicar que salía de docenas de campanarios, uniéndose a los que en toda España, de norte a sur, celebraban también la tan esperada victoria. Su grave sonido espantaba a aves y bestias, pero llenaba de un gozo inconmensurable a los humildes moradores de aquellas tierras. En realidad la guerra no había acabado del todo, pues cerca de la frontera aún se registraban combates. No sería hasta finales de octubre cuando la mayor parte de las tropas francesas que quedaban en España, perseguidas por británicos y españoles, atravesaran los Pirineos en sentido contrario al que lo habían hecho en 1808, y después de eso aún se habrían de librar batallas en suelo francés, pero para los que en ese momento escuchaban doblar las campanas la guerra había llegado a su fin.

En el pequeño pueblo de Rebollosa de Pedro no había habido lucha digna de tal nombre, poca resistencia podían oponer un puñado de labriegos y pastores a las tropas invasoras, pero eso no significaba que la guerra hubiera pasado por allí sin dejar huella. Durante cuatro largos años los forrajeadores de los ejércitos napoleónicos habían ido

de pueblo en pueblo requisando animales y provisiones para dar de comer a sus tropas, sin importarles el hambre, la miseria y en ocasiones la muerte que dejaban atrás, y lo mismo habían hecho los españoles y sus aliados portugueses e ingleses, quienes también esquilaban cuanta villa o aldea encontraran a su paso, aunque en su caso la indiscriminada rapiña tuviera el fin último de que España recuperase la libertad y la independencia perdidas. Estos, los españoles, les decían a los aldeanos que cada oveja y cada saco de trigo que les entregaran servía para acercar un poco más la derrota de los odiados "gabachos", y también que pronto volvería el verdadero rey y que todos verían muestras de su agradecimiento por su lealtad a la patria, pero por si aquello no les convencía para ceder de buen grado el sustento, pues es bien sabido que los estómagos vacíos entienden poco de libertades ni de reyes ni de patrias, acompañaban la explicación con la poco sutil amenaza de las armas. A nadie podía extrañarle, por tanto, que hubiera quien opinase que la única diferencia entre los soldados franceses y los españoles era que los segundos sonreían más al robarles.

Las campanas ya habían sonado así en la comarca un año antes, también en el mes de septiembre, cuando se supo que las tropas francesas habían sido expulsadas por fin de la ciudad de Soria. Los meses transcurridos desde entonces habían sido algo mejores, pues la lucha iba estando cada vez un poco más lejos, pero nunca se había perdido del todo el temor a que retornasen los franceses, a que

en una nueva campaña volvieran a recuperar terreno y de nuevo los tuviesen allí. Mas ahora ya se podía creer que no iba a suceder tal cosa, que se había acabado el miedo, que quedaban atrás los penares de la guerra y que ni unos ni otros volverían para amargarles la existencia. Eso era lo que escuchaban en el repicar de las campanas, y todos en el pueblo lo celebraban y daban gracias a Dios por haberles permitido llegar a ver tan gozosa fecha.

Como en cada rincón del país, a partir de ese día las gentes de Rebollosa de Pedro comenzaron a mirar hacia los caminos no con la aprensión y el temor de ver a lo lejos la polvareda levantada por las caballerías y las botas de los soldados, sino con la esperanza cierta de poder contemplar el regreso de los ausentes, aquellos jóvenes que, a lo largo de los años, habían ido marchando para unirse al ejército español o, en su defecto, a alguno de los numerosos grupos guerrilleros que acosaban al enemigo a lo largo y ancho del país. De Rebollosa habían partido en ese tiempo un total de siete mozos, que podrían parecer pocos, pero en realidad eran muchos para un pueblo tan pequeño como aquel, en cuyas veinte casas moraban antes de la guerra apenas ciento cincuenta almas entre adultos y niños y en el que, por tanto, eran más de la tercera parte de las familias las que ahora esperaban el retorno de un hijo.

Los dos primeros regresaron muy pronto, apenas iniciado el nuevo año de 1814, orgullosos en sus ajados pero aún vistosos uniformes del Batallón Ligero de Soria, lamentando tan sólo haber

tenido que devolver al licenciarse las armas con las que esperaban haber presumido a la vuelta. En realidad Tomás y Mateo, pues así se llamaban, habían sido de los últimos en irse y no habían conocido lo peor de la guerra, pero sí que habían llegado a tiempo de participar, o al menos eso aseguraban, en la liberación de la ciudad de Soria, y no les faltó ocasión de alardear de sus hazañas ante sus embelesados vecinos.

A Ginés lo trajeron allá por mayo, con la guerra ya definitivamente terminada, montado en una mula y sin uniforme de ninguna clase, pero con media pierna de menos, amputada a causa de una herida infectada según explicaron los hombres que lo acompañaban. Lo peor era que, al parecer, venía también con la cabeza aparentemente ida. Al contrario que los dos mozos que le habían precedido, Ginés no quiso o no pudo contar nada de cuanto le había sucedido, de hecho prácticamente no hablaba nunca, y cuando lo hacía jamás pronunciaba más de un par de palabras seguidas. En ocasiones se le veía deambular por el pueblo apoyado en las mismas muletas de madera que había traído con él, agitando la cabeza de un lado a otro como si estuviese alucinado, sin responder a los saludos de sus vecinos, siempre hundido en su hosco y quizá inevitable silencio aunque, por la noche, según contaba su familia, le oían gritar en sueños.

Después, durante un año entero, no volvió nadie más, y a los cuatro que faltaban se les dio finalmente por muertos. Don Andrés,

casi la única persona en el pueblo capaz de escribir con soltura, envió cartas al obispado de Sigüenza y a también a las autoridades civiles, pero no consiguió información alguna sobre los ausentes. Había habido tantas batallas, grandes y pequeñas, tantas emboscadas y escaramuzas por todo el país, y tantos habían sido los muertos sin nombre en cada una de ellas, que era imposible saber en qué fosas comunes de qué cementerios, si es que habían tenido la suerte de ser llevados a alguno en lugar de pudrirse a la intemperie, reposarían aquellos desdichados. Las familias debían contentarse, les decía don Andrés, sabiendo que sus seres queridos habían perdido la vida cumpliendo con su deber, y que estarían ahora sin duda ocupando puestos de honor en el Cielo.

Aún habrían de pasar varios meses antes de que, en la tarde de la víspera del día de Todos los Santos del año 1815, y cuando ya nadie lo esperaba, el último superviviente rebollosano de la guerra subiera arrastrando los pies por la calleja, como un fantasma, reduciendo a tres la cuenta de los desaparecidos. Se llamaba Jeremías, aunque nadie lo reconoció hasta que lo vieron plantarse ante la puerta de la que había sido su casa, y algunos ni siquiera entonces. Barbudo y demacrado, sucio como venía, apenas parecía la sombra de aquel a quien habían visto marchar hacía algo más de siete años. En la minúscula plaza del pueblo apenas había niños jugando, pues no eran muchos los que habían nacido durante la guerra, y menos aún los que habían sobrevivido a las hambrunas y al

frío, pero los pocos que se encontraban allí se apartaron corriendo del desconocido, asustados por su sombrío aspecto. En un rincón en el que todavía daba el sol se encontraba sentado el cojo Ginés, que se quedó mirando al recién llegado con una expresión extraña en el rostro, mudo como de costumbre. El resto de los que allí había eran ancianos apartados ya del trabajo, que pasaban la tarde hablando del tiempo y comentando viejas historias, discutiendo por detalles nimios y olvidándolos después. Todos ellos callaron al ver llegar al hombre barbudo, dándose codazos al comprobar que aflojaba el paso y se detenía ante una de las casas que daban allí, a la plaza, atentos a aquella novedad que rompía su rutina de todos los días. Algunos de esos ancianos contaron después, a todo el que quiso escucharles, que el hombre se quedó allí quieto un momento, contemplando como si fuera la primera vez que las viera a las rústicas fachadas levantadas con piedra, adobe, madera y barro, apoyadas las unas sobre las otras de forma que si una estaba torcida también lo estaba la siguiente, con sus puertas bajas y sus estrechas ventanas cerradas la mayoría a esa hora de la tarde, a los oscuros tejados de tejas curvas e irregulares, entremetidas de barro y paja para que no se colara la lluvia por los huecos, y a las copas de los altos robles que asomaban más allá, conocidos en la región como rebollos y muy abundantes en los márgenes del río Pedro, siendo esos árboles y ese río los que daban nombre al pueblo. Luego reparó en la presencia de los ancianos que lo observaban expectantes, y también a ellos se los

quedó mirando, como si le sorprendieran sus rostros enjutos cargados de arrugas, sus oscuras vestimentas tan propias de aquellas tierras, en las que la camisa blanca que asomaba bajo el chaleco y el pañuelo que algunos llevaban anudado a la cabeza constituían las únicas notas de color, y las abarcas de cuero atadas con tiras a los tobillos que todos ellos calzaban. Al otro lado de la plaza, calle arriba, vio a una mujer de mediana edad conduciendo a un par de vacas pardas a través del portalón de una cuadra. La mujer, que iba ataviada con la típica saya negra y ancha que le llegaba hasta las pantorrillas, delantal de color incierto atado a la cintura, camisa de lienzo y pañuelo al cuello, y calzada con abarcas similares a las de los hombres sobre sus medias de lana, pasó a la cuadra detrás de sus vacas no sin antes dirigir una mirada curiosa, aunque no exenta de prevención, hacia el andrajoso forastero que la observaba.

El hombre volvió la vista de nuevo hacia los ancianos y los saludó con la mano, esbozando una brevísima sonrisa con sus labios agrietados, y fue entonces, sólo entonces, cuando uno o dos de los ancianos se dieron cuenta, momentáneamente mudos por la sorpresa, de quién era aquel ser que ahora llamaba con los nudillos a la puerta frente a la que se había detenido, con una expresión risueña bajo la suciedad y las greñas. Pero un instante más tarde la cara se le desencajaba al ver abrirse la puerta y encontrarse ante sí a alguien que para él era un completo extraño. Sus primeras palabras, dichas

con la voz baja y rasposa de aquel que lleva días o incluso semanas sin hablar con nadie, fueron para preguntarle a quien le abría que quién era.

- Eso debería preguntarlo yo -, respondió desconfiado el de dentro, sin saber muy bien a qué atenerse a la vista de aquel desarrapado sujeto.

- No si está usted en mi casa.

- ¿Su casa? - repitió sorprendido el otro -. Esta casa es mía, que mis buenos reales pagué por ella.

- ¿Y a quién se los pagó, si puede saberse?

- A la señora Fernanda, que era quien aquí vivía - contestó retrocediendo un paso hacia el interior de la casa, un tanto acobardado ante la mirada repentinamente furiosa del visitante en la que brillaba un atisbo de locura, y el tono amenazador con el que había formulado su pregunta. Ya echaba la mano con disimulo hacia el garrote que había dejado apoyado junto a la puerta, cuando vio acercarse a uno de los ancianos que habían observado la escena.

- ¿Jeremías? ¿Realmente eres tú? ¡Por muerto te teníamos, Virgen Santa! ¿Por qué me miras así, acaso no me recuerdas? Pero si soy el Genaro, que he sido vecino tuyo toda la vida. ¡Pobre muchacho, lo que habrás pasado!

- ¿Conoce a este hombre, señor Genaro?

- Ay, Señor, pues claro que lo conozco, es el Jeremías, el hijo mayor del Fulgencio, que en paz descansa, y de la Fernanda.

- ¿Acaso ha muerto mi padre? – preguntó Jeremías inseguro.

- Lo bruto que llegaré a ser, como ibas tú a saberlo. Ven, ven conmigo, pasa a casa, siéntate y come un poco, que yo te lo iré contando todo. Mis hijos y mis nueras no están ahora, ¿te acuerdas del Gervasio y del Felipe? Están todos en el campo, liados con la siembra, no llegarán hasta la noche. Mis nietos son esos que has visto en la plaza... Pero pasa, hombre, no te quedes en la puerta. ¡Maríaaaa, corre, veeeen, que ha vuelto el Jeremías!

Jeremías entró a la casa en pos del anciano, airado a la vez que confundido por todo lo que estaba sucediendo, tan distinto era todo al recibimiento con el que había soñado, intentando asimilar la noticia de que al parecer había perdido a su padre, preguntándose dónde estarían su madre y su hermana Ernestina, si era verdad que habían vendido la casa a ese forastero, sintiendo cómo empezaban a abandonarle sus pocas fuerzas y decidido no obstante a aguantar al menos hasta saberlo todo. Tras él entraron cuatro de los ancianos que acompañaban a Genaro, uno tras otro por la puerta abierta, no queriendo perderse el singular acontecimiento. Los demás, y también todos los niños, se alejaron para contarle en sus casas y de paso a todo aquel que se encontraran en el camino, y pronto no hubo un alma en el pueblo que no supiera del retorno de Jeremías. Y los que estaban fuera del pueblo, en los campos o en los montes, se

enteraron por las campanas, que no esperaban oír hasta medianoche, cuando repicasen por los difuntos.

Tan pronto llegó a sus oídos la buena noticia don Andrés había subido derecho al campanario, al igual que había hecho con ocasión de la liberación de Soria, cuando se supo del final de la guerra y también cuando regresaron los jóvenes que habían precedido a Jeremías. – ¡Gracias, Señor, gracias! – repetía alborozado mientras tiraba una y otra vez de la soga con todas sus fuerzas, ignorando alegremente las molestias que le causaba su artrosis. Demasiadas veces había tenido que tocar a difuntos en los tres lustros largos que llevaba como párroco de Rebollosa, sobre todo durante los años de la guerra, como para privarse de hacerlo ahora que Dios le daba una razón feliz para hacerlo. No obstante, a pesar de la alegría que le causaba el retorno de aquel joven feligrés al que todos habían dado por perdido, el sacerdote era muy consciente de que la vuelta no iba a ser tan dichosa para el muchacho. ¿Cómo se tomaría, cuando se enterase, todo lo que había pasado con su familia? Ese pensamiento enturbiaba un tanto su ánimo, pero al mismo tiempo don Andrés se decía a sí mismo que con buena voluntad todo se arregla, y que si el Señor había tenido a bien conservarle al chico la vida y guiarlo de nuevo hasta el pueblo, no debía faltar allí quien le ayudase a rehacerse y empezar de nuevo, claro que sí, y él mismo había de poner en ello todo su empeño.

- Dios proveerá – sentenció.

El bienintencionado párroco ignoraba aún hasta qué punto aquel regreso no iba a ser un suceso afortunado, sino más bien el comienzo de muchas desdichas.

Acababa la tarde cuando don Andrés salió de la iglesia y se dirigió a casa de Genaro y María, donde al parecer aún se encontraba Jeremías, hecho que confirmaba la multitud – si de multitudes podía hablarse en aquel pueblo tan pequeño – de curiosos que se arracimaban en torno a la puerta, intentando enterarse de algo de lo que estaba sucediendo dentro. El cura se abrió paso entre ellos, saludando cordial a unos y a otros, pero no dudando en hacer uso de los codos para hacerse sitio y colarse por el estrecho pasillo.

- A ver, que paso, que paaaso... Dejadme que vea a este hijo pródigo que vuelve...- El párroco dejó la frase a medias al escuchar el tumulto que venía del interior.

- ¡Esto no va a quedar así! – gritó una voz joven pero desgarrada, perteneciente sin duda a Jeremías, a la que acompañó el ruido de platos y cubiertos que caían al suelo. Fue entonces cuando don Andrés lo vio, con su aspecto famélico pero aún así feroz, la mandíbula apretada y los ojos como ascuas, abandonando la casa a empujones y poniendo en ello mucha mayor violencia que la que el párroco había usado para entrar. Al llegar frente a él se detuvo por un instante.

- ¿Dónde estaba usted, padre? ¿Por qué no hizo nada para evitar esta vergüenza?

- Pero hijo...

- ¡Yo no soy su hijo, maldita sea! ¡Quítese de en medio y déjeme salir, o juro a Dios que ni la sotana le salva a usted tampoco!

Tanta furia y tanto odio había en el joven, que el sacerdote hizo lo que se le decía y apretó el cuerpo contra la pared para dejarle pasar, y así hicieron todos los que se encontraban entre él y la puerta. Atrás quedó don Andrés, paralizado durante unos instantes preciosos, sin saber qué decirle al joven para calmarle, y cuestionándose si debía ser él quien lo intentara. En los días posteriores, y sobre todo por las noches, tendría tiempo y ocasión de arrepentirse más de una vez por haber vacilado, por haber pecado una vez más por inacción, pues quien mejor que un sacerdote para ofrecer consuelo a alguien que tanto lo necesitaba. Pero en ese momento se arredró, no fue capaz de encontrar las palabras, ni el valor para sujetar al airado joven y decírselas. Si se hubiera atrevido, aún a riesgo de llevarse un empujón, quizá Jeremías le hubiese escuchado, quizá al menos se hubiese desahogado con él y su furia hubiera perdido impulso. Pero no, don Andrés no se atrevió.

En la calle, al tiempo que se agotaban las últimas luces del día, comenzaba a levantarse un viento frío y desagradable que parecía querer recordarles a todos que ya llegaba noviembre. Jeremías, con la mirada fija al frente y los puños cerrados a los costados, apretó el

paso pueblo arriba y pronto se perdió por el camino que llevaba a Sierra Pela. Nadie se atrevió a hablarle y mucho menos a seguirle, con la única excepción de un joven que sí que lo intentó, pero al que su cojera de nacimiento le impidió alcanzarle. Le llamó por su nombre, pero ya era tarde. Si Jeremías hubiese llegado a oírle, si hubiera vuelto la cabeza y hubiese visto a su querido amigo Juan, al que todos llamaban el Cojo hasta que hubo otro en el pueblo – el desdichado Ginés - más cojo que él, quizá habría refrenado el paso, habría mirado atrás, y quizá, quién sabe, todo habría discurrido de otro modo. Pero no, Jeremías no oyó a Juan.

La tercera y última persona que podría haber hecho detenerse a Jeremías era una mujer, una joven de nombre Clara, a la que antes de irse le había prometido que se casaría con ella a su regreso, sin poder imaginar el tiempo que habría de pasar antes de que volviera a pisar el pueblo ni las circunstancias en que lo haría. Pero Clara estaba en su casa, muy ocupada elaborando quesos junto con su madre, y no llegó a ver a Jeremías en ningún momento. Si se hubiera asomado, si lo hubiera visto pasar por delante de su puerta y le hubiese llamado, la historia podría haber sido muy distinta. No necesariamente feliz, pero sin duda diferente. Mas Clara no vio pasar a Jeremías.

Nadie pudo impedir por tanto lo que había de suceder en esa noche de Difuntos. Jeremías se alejó por el camino de la sierra hasta

que su silueta se confundió con la oscuridad, y el destino, tan caprichoso como en esa ocasión malvado, siguió su terrible curso.

CAPÍTULO II



Mientras tanto, calle abajo, don Andrés entraba en el pequeño comedor de casa de Genaro y María, con gesto preocupado y moviendo la cabeza de un lado a otro, como si quisiera negar el instante de impotencia e incluso miedo por el que acababa de pasar. Allí, Genaro, con el semblante pálido y desencajado, permanecía sentado aún en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa camilla. Las manos del anciano temblaban a ambos lados del plato de sopa de pan duro y cebolla, cuyo contenido se había derramado casi por entero sobre el remendado mantel. El plato que le habían servido a Jeremías se había estampado contra el suelo, lo mismo que el de María, la mujer de Genaro. La pobre mujer se afanaba en recoger el estropicio que había causado el joven al levantarse con tanta brusquedad de la mesa, murmurando por lo bajo algo que podía ser un Ave María. Los cuatro vecinos que se habían colado hasta el comedor del matrimonio seguían allí, cuchicheando entre sí mientras le pasaban a María algunos de los trozos de loza que habían ido a parar entre sus pies, pero se callaron al ver entrar al sacerdote.

- Contadme lo que ha pasado.

El pobre Genaro había quedado tan afectado que apenas podía hablar, así que fueron los otros vecinos quienes, entre todos, le narraron a don Andrés lo que allí había acontecido. Lo poco que había explicado Jeremías, y esto sólo ante la insistencia de todos, era que los franceses le habían capturado cerca de Vitoria, poco antes de que ingleses y españoles tomaran la ciudad en junio de 1813. Cuando los franceses salieron huyendo hacia Francia, escoltando al rey José, el usurpador a quien su hermano Napoleón había puesto en el trono, se llevaron consigo a parte de los prisioneros que en esos momentos tenían en su poder, y así fue como Jeremías dio con sus huesos en un lugar en el que se hacinaban miles de presos de una docena de nacionalidades distintas. Allí había pasado mil penalidades hasta que, al fin, tras la derrota y exilio de Napoleón, había sido puesto en libertad junto con otros compañeros. Su salud estaba por aquel entonces muy mermada tras cerca de dos años de cautiverio, y así pasó que cayó enfermo por el camino y aún hubiera muerto, de no ser por unos monjes que lo habían recogido y habían cuidado de él durante casi dos meses, hasta que de nuevo se sintió con fuerzas para proseguir la marcha. Tras este breve relato, Jeremías, impaciente, había exigido saber qué había pasado con su familia, con su casa y con todo lo demás. Y Genaro se lo había contado.

Don Andrés conocía perfectamente la historia, una desgraciada sucesión de calamidades que, por desgracia, no era la única que había tenido lugar en el pueblo durante aquellos años tan aciagos,

aunque sí que era una de las más tristes. Corría el mes de abril de 1812, y debía ser ya la quinta o la sexta vez que los franceses pasaban por el pueblo para llevarse parte del ganado y de las cosechas. Por aquellos días estaban muy inquietos, pues la guerrilla del cura Merino los estaba acosando por todo el norte de Castilla causándoles grandes bajas. Acababa de saberse que el famoso caudillo guerrillero había ejecutado a más de un centenar de prisioneros en represalia por el ahorcamiento en Soria, el día 2 de ese mismo mes, de los miembros de la Junta de Burgos que los franceses habían capturado en marzo en el cercano pueblo de Grado del Pico. Por esta razón las tropas imperiales andaban especialmente recelosas, y se comportaban con extrema dureza ante el menor atisbo de resistencia. No tuvieron pues miramientos cuando Fulgencio, el padre de Jeremías, decidió negarse a contribuir por las buenas. Apenas le quedaban ya por aquel entonces una cuarta parte de las ovejas que había tenido al principio de la guerra y ese día se plantó y dijo que no estaba dispuesto a dar ni una más. Un culatazo en plena frente acabó con su corta rebelión, y cuando se encontraba ya inconsciente e indefenso en el suelo aún lo patearon varios de los soldados hasta dejarlo malherido. Los franceses decidieron entonces cobrarse en él todo el tributo que habían venido a buscar, y se llevaron todos sus animales, pues ni las gallinas le dejaron, y también todo el grano que tenía almacenado en casa, ante el silencio del resto de paisanos del pueblo, que vieron salvarse sus bienes al menos por

esa ocasión. A punto estuvieron de quemarle también la casa, pero Fernanda, la esposa de Fulgencio, se encerró dentro con su hija pequeña, y gracias a Dios al oficial francés que estaba al mando le faltó estómago como para ordenar que las asasen vivas a ambas. En lugar de eso, y para general escarmiento de aquellos que en el futuro pudieran también albergar el propósito de oponerse al ejército francés, ordenó pegarle fuego a la Casa Común del pueblo, que desde entonces era un montón de escombros churruscados que no servían más que para recordar aquel triste día.

No se sabía si había sido por los muchos golpes recibidos, por la angustia de verse despojado de casi todo de cuanto disponía para la subsistencia de su familia, o por ambas cosas a un tiempo, el caso es que el desdichado Fulgencio quedó postrado en cama y no se volvió a levantar. Murió a las pocas semanas. Los vecinos auxiliaron en algo a Fernanda y a la pequeña Ernestina, que por aquel entonces contaba siete años, pero era mucha la hambruna y pocos los recursos, y cada uno debía preocuparse por lo suyo. Nadie pudo o quiso darles una oveja o un cordero, como mucho un poco de leche y de pan de cuando en cuando, y Fernanda apenas encontró ayuda con los campos, pues bastante tenían los demás con intentar sacar adelante los suyos y dar de comer a sus propias familias. La caridad que recibía apenas bastaba por tanto para mitigar el hambre, así que la madre de Jeremías no tuvo más remedio que ir deshaciéndose una tras otra de las parcelas de tierra que entre su marido y ella habían

juntado al casarse, cambiándolas por lo más imprescindible, hasta que finalmente no le quedó otra salida que vender la casa misma al único comprador que encontró, el ayudante del herrero de Licerias, de nombre Damián. Este Damián, el mismo que le había abierto la puerta a Jeremías, era primo lejano de Torcuato, el alcalde, y había sido éste, sabiendo que su pariente buscaba casa con cuadra – para poner allí su propia herrería - en algún pueblo de la comarca, quien le había avisado y se había encargado de hacer la transacción. Tras la venta, madre e hija se mudaron a una majada que aún conservaban, pero aquella era fría y destartalada. Hacía dos inviernos, no mucho antes del final de la guerra, la niña fue víctima de unas fiebres terribles y nada se pudo hacer por la pobre criatura, que aún no había cumplido los nueve años cuando se la llevó el Señor. La desdichada Fernanda aún aguantó algún tiempo, cada día más marchita, esperando el retorno de su hijo, pero cuando se convenció de que no había esperanza metió sus cuatro cosas en un hatillo y se marchó, nadie sabía a dónde. María le había dicho a Jeremías que, en su opinión, era probable que su madre hubiese ingresado en algún convento, pues ése era el único sitio que le quedaba a una mujer sola, y que a lo mejor podía encontrarla si la buscaba, pero el joven ya no había querido escuchar nada más. Preso de una tremenda ira, a grandes voces les había acusado a todos de haber dejado morir a su padre y a su hermana, de haber abusado de la necesidad de su madre y de haberle dejado a él sin familia y sin hacienda. Entonces

se había marchado, no sin proferir grandes amenazas contra el pueblo entero y contra el extraño que ahora vivía en su casa.

- Siento que hayáis tenido que pasar este mal rato – le dijo don Andrés a Genaro y a María, que acababa de sentarse junto a su marido. – Tendría que haberme acercado antes...

- Padre, madre, ¿estáis bien? –preguntó una voz de hombre, momentos antes de que su propietario asomara la cabeza por la puerta de la sala, seguido por otro hombre y dos mujeres que no pudieron entrar porque ya no quedaba sitio en la abarrotada estancia.

- ¡Hijo, qué bien que estéis ya de vuelta! – exclamó María aliviada.

- Buenas tardes, Gervasio. Ah, buenas tardes también a vosotros, Felipe, Josefa, Manolita.

- Buenas tardes, don Andrés – respondieron todos. El mayor de los hermanos miró al cura y al resto de congregados con expresión de desconcierto. – Al llegar y ver tanta gente ahí fuera nos hemos asustado.

- No pasa nada, no te preocupes, ya os contarán tus padres. Genaro, María, os dejo en buenas manos, ¿verdad? Yo me voy para fuera. Y los demás salíos también, cada uno a vuestra casa, y no olvidéis rezar vuestras oraciones por los difuntos y encender velas por ellos antes de la medianoche, ¿eh?

- Vaya usted con Dios, padre – dijo Genaro, mucho más tranquilo ahora que estaban allí sus hijos.

Don Andrés se despidió de todos y regresó a la iglesia. Allí se entretuvo el tiempo justo para recoger un farol. Con él en la mano volvió a salir y subió andando hasta las eras, para ver si veía venir a Jeremías. El joven seguramente se había ido a caminar un rato, a desahogarse y a pensar en lo que iba a hacer a partir de ahora. Tarde o temprano tendría que regresar, no iba a pasarse la noche en la sierra, y don Andrés quería estar allí cuando volviera, para calmarle si es que aún no había pasado su furia, y para ofrecerle cobijo en la iglesia. Durante un rato se le unió Torcuato, el alcalde, enterado ya de lo sucedido, y ambos conversaron a la luz del farol sobre lo que podía hacerse por Jeremías. El pueblo aún no se había recuperado del todo de las consecuencias de la guerra y aún era mucha la escasez y la penuria, pero Jeremías podía vivir en la majada que había dejado su madre y ganarse el pan ayudando a los demás en sus trabajos. Torcuato decía que lo que la madre no había conseguido, por tener que cuidar de la hija y por falta de fuerzas, seguro que podría hacerlo el hijo. Don Andrés asentía y respondía que sí, que Dios ayudaría sin duda al muchacho después de las pruebas a las que lo había sometido.

Pero la luz del farol se agotaba y Jeremías no volvía. El cielo se cubrió de nubes hasta borrarse todo rastro de estrellas, y cada vez eran mayores el frío y la fuerza del viento, que doblaba las ramas de

robles y chopos y levantaba la tierra del camino, obligando a los que allí se encontraban a protegerse los ojos para no quedar cegados. Los dos hijos mayores de Torcuato, Eusebio y José, dos jóvenes de dieciséis y diecisiete años de edad, vinieron a buscar a su padre, enviados sin duda por su madre al ver que el cabeza de familia se retrasaba en volver a casa. Torcuato les hizo un gesto con la mano indicando que esperasen, que no tardaría en acompañarlos, a lo que los chicos asintieron. El cura los escuchaba intercambiar susurros a su espalda, pero si algo le había dado Dios era buen oído, así que a pesar del viento podía entender la mayor parte de lo que decían.

- Anda, que tiene tela, subirse solo a la sierra en la noche de Difuntos. Yo no iba ni aunque me pagaran por ello.

- Toma, ni yo. Y menuda nohecita que se está preparando, con este viento. Ésta es de las que le gustan a los espectros para salir de correría.

- Ya te digo. Y hablando de espectros, ¿tú crees que es casualidad que el Jeremías haya aparecido precisamente hoy? Seguro que los fantasmas de su padre y de su hermana encabezan hoy la procesión de las ánimas.

- Seguro. Cualquiera duerme hoy en su antigua casa. Más le vale al Damián llenarse bien la habitación de ajos y tapar las cerraduras, por lo que pueda pasar.

- ¿Queréis callaros los dos y dejar de decir tonterías? – estalló Torcuato, que también los estaba oyendo a medias -. Anda, anda,

tirad para casa y decidle a vuestra madre que ahora voy yo también.
Discúlpelos usted, don Andrés.

- No te preocupes hijo – dijo el cura sonriendo comprensivo -, es difícil acabar con las viejas supersticiones. Aún llevo en la memoria a mi pobre madre, que Dios la tenga en Su Gloria, que en esta víspera no barría para no estorbar a las ánimas que pudiera haber en casa.

Torcuato le devolvió la sonrisa. – Mi mujer tampoco pasa hoy la escoba por lo mismo, ni deja que lo hagan mis hijas.

Don Andrés asintió, acordándose de la anciana María, a la que tampoco había visto usar la escoba tras recoger los trozos del plato que había roto Jeremías en su casa. Tras unos instantes de silencio se volvió hacia el alcalde y le miró directamente a los ojos - ¿Y tú no le tienes miedo a las ánimas, hijo?

- Miedo no, padre – contestó Torcuato incómodo -, pero sí algo de respeto.

- Ya. Y si fuera uno de tus hijos el que estuviera en el monte, ¿subirías a buscarlo?

El alcalde dio un respingo y contestó de forma evasiva. – Ya los ha oído usted, ellos no subirían a la sierra esta noche por nada en el mundo.

Don Andrés se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el camino con el ceño fruncido, envolviéndose más en el capote y sujetando el casi extinguido farol con las dos manos. - Mire, sé lo que

está pensando – dijo Torcuato a su lado –, pero haría falta que subiera medio pueblo antorcha en mano para encontrar a alguien ahí arriba en la oscuridad, y eso si se deja encontrar, y no hace falta que le diga que a pocos iba a convencer usted para ello. Yo creo que aquí ya no podemos hacer nada usted y yo. Cuando el chico se haya desfogado, o cuando se harte de pasar frío, volverá a bajar para el pueblo.

- Supongo que así será. Dejaré sin echar la tranca en la puerta de la iglesia, para que pueda entrar allí a pasar la noche.

- Me parece buena idea. Venga, no tarde mucho en meterse también usted para adentro, ¿de acuerdo? – El alcalde se despidió dándole a don Andrés una amistosa palmada en el hombro y se fue a su casa con los suyos.

Don Andrés aguantó allí unos minutos más, hasta que por fin se le apagó el farol y no pudo ver ya nada más allá de dos pasos. Preocupado, pero al mismo tiempo convencido de que el razonamiento de Torcuato era acertado, se volvió a la iglesia y se sentó un rato frente al altar, donde no faltaba la iluminación gracias a los cirios encendidos que los feligreses habían ido dejando a lo largo de la tarde. Allí rezó, como era su cometido, por todos los difuntos, pero oró sobre todo por Jeremías y por su familia. Era comprensible que el chico hubiera reaccionado como lo había hecho. Seguramente, imaginaba don Andrés, durante sus duros años como soldado primero y como prisionero después, Jeremías se habría consolado pensando

en el pueblo, en cómo sería volver y reencontrarse con su familia, y en recuperar la vida que había dejado allí, en salir de nuevo al campo con las ovejas de su padre y trabajar las tierras a su lado. En labrarse un futuro y tener su propia familia algún día, como habían hecho siempre los jóvenes desde que el mundo es mundo. Pobrecillo, se repetía a sí mismo el párroco, pobrecillo. Regresar al fin y ver que todo aquello con lo que soñaba le había sido arrebatado tenía que haber sido un golpe durísimo. Don Andrés le pidió a Dios que no le tuviera en cuenta al joven nada de lo que hubiera podido decir o pensar mientras estaba poseído por la rabia, y que cuidara de él aquella noche y le ayudara a salir adelante a partir del nuevo día, prometiéndole al Señor hacer por su parte todo cuanto estuviera en su mano para que así fuera.

Pero al hacer esa promesa, don Andrés no pudo reprimir un pensamiento culpable, el mismo que quizá también atormentaba a otros esa noche en el pueblo: a la familia de Jeremías no la habían ayudado lo suficiente. Por muy mal que estuvieran las cosas, y cierto era que lo estaban, siempre se podía haber hecho algo más. Al volver la vista atrás don Andrés no se sintió mejor cristiano de lo que habían sido sus feligreses, pues tampoco él había renunciado a nada que no le sobrara.

Estas sombrías reflexiones ocupaban aún la mente del sacerdote cuando, al llegar la medianoche, hizo sonar las campanas de la iglesia por segunda vez aquel día, no con el repicar alegre que

habían entonado por la tarde, sino con el ritmo lento y lúgubre del toque de difuntos. Ese toque que, al ser escuchado, haría santiguarse a todo el mundo en su casa y les conminaría a rezar un último Padrenuestro.

Tras oír las campanadas y acabar sus oraciones cada vecino se retiró a su lecho, mas pocos fueron los que consiguieron conciliar el sueño aquella noche, con independencia de lo tranquila o no que tuviesen su conciencia. Durante toda la madrugada el viento no paró de aullar colándose por todos los recovecos, llenando el pueblo de sonidos lastimeros que asemejaban voces de ultratumba. Las casas crujían y chirriaban de tal manera que casi parecía que estuviesen vivas, pues se quejaban como si algo les doliese por dentro. Las ovejas balaban inquietas en las majadas y en las cuadras se agitaban insomnes gallinas, cerdos, vacas y bestias de carga. Algún perro hubo que no paró de ladrar hasta el alba, sin que hubiera forma de hacerlo callar.

Y ya con la luz del día, los más supersticiosos comentarían entre susurros, siempre a espaldas del párroco, que jamás habían pasado tanto miedo en una noche de Difuntos. Que había en el aire algo sobrenatural, algo que los seres humanos no podían percibir, pero que había llenado de pánico a los animales. Que se habían oído pasos y cadenas arrastrándose por el suelo, así como puertas

abriéndose sin que nadie las empujara. Que las ánimas de los muertos habían vagado sin duda por el pueblo llamando a todas las puertas. Que, aunque no sabían qué, algo muy malo había tenido que pasar.

Y en eso último no les faltaba razón.